

Título: Sin tregua se consumían  
nuestros ojos

Autor: José Manuel Cruz

“Pero ya anocheecía, y también era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía a muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital, toda ella se removía como un moribundo que tantea la ropa; entonces no vi más que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponía a cubrirle como una ancha tumba”

MARIANO JOSÉ DE LARRA, “El Día de Difuntos de 1836. Fígaro en el cementerio”

#### **NOTA ACLARATORIA:**

Considero necesario explicar el contexto en el cual se desarrolla la presente novela, de cara a que el lector disponga de la información suficiente para la correcta comprensión de la obra. Las ambiguas referencias que distintos personajes realizan sobre “todo lo que ha pasado”, “lo que ha sucedido”, “la situación actual”, “todo esto que estamos viviendo” y expresiones similares que irán detectando a lo largo de la trama, están relacionadas con una crisis surgida en el sector inmobiliario, transmitida al sistema financiero y, finalmente, a toda la economía, con efectos sociales nefastos y devastadores. Igualmente, cuando lean términos como “el descrédito de los que tú ya sabes”, “la falta de confianza en esa gente”, “no me fío de los que tú y yo sabemos” y frases del mismo tenor se refieren a una clase política desprestigiada que ha perdido buena parte de su credibilidad ante la ciudadanía. Sobra decir que el lugar donde tiene lugar la acción se trata de un país imaginario. Igualmente, los personajes que aparecen son completamente ficticios.

# Capítulo I

“... la rápida recuperación de la recesión de 1991 se produjo gracias al crédito y al aumento de la deuda privada, pero tuvo una consecuencia que entonces nadie vio o nadie quiso ver: la creación de una bola de nieve cuyo tamaño fue aumentado aceleradamente. (...) La economía fue basándose cada vez más en el crédito (...)

Una nueva vuelta de tuerca se dio con la recesión del año 2000 (...) ¿Cómo se salió de esa recesión? Nuevamente recurriendo al endeudamiento, pero en esta ocasión de forma masiva, creciente, coincidiendo, además, con el hundimiento de los tipos de interés, y trasladando al mundo inmobiliario y a la especulación financiera a él asociada el crecimiento económico, un crecimiento basado en la creencia de que el valor –y el precio- de un inmueble nunca desciende, y también extendiendo la concesión de créditos hipotecarios prácticamente a cualquier persona que lo solicitase...”

SANTIAGO NIÑO BECERRA, *El crash del 2010*

“La razón de la crisis, como se ha explicado, tiene su origen en la enorme burbuja especulativa montada alrededor de las hipotecas basura y otros activos inmobiliarios. Era un ejemplo claro de lo que la Teoría de la Escuela Austríaca denomina «expansión artificial del crédito». En Estados Unidos, origen del problema, el crecimiento del precio de la vivienda había sido enorme desde 2001, pero cuando en 2004 la Reserva Federal empezó a subir tipos, el proceso se ralentizó primero y las ventas cayeron en picado luego, lo que produjo una caída de precios y los impagos hipotecarios crecieron como la espuma...”

ROBERTO CENTENO, *El disparate nacional*

# 1

## Día 1 (I)

Desde el mismo instante en que recibió esa llamada, el inspector Silva supo que se iba a encontrar con un caso muy diferente a aquellos que, usualmente, afrontaba. El tono nervioso e incoherente que se percibía al otro lado del auricular era, para él, algo completamente nuevo. No es que antes no hubiera recibido llamadas nerviosas e incoherentes. Pero nunca habían sido (ni nunca había podido imaginar que pudiera llegar a ser) de su jefe, el comisario Torres.

- Silva, le necesito. Y le necesito al cien por cien... Deje todos los casos en los que esté ahora. Vaya inmediatamente a la oficina principal del Banco Continental. Allí le informarán de todo.

- Pero, comisario...

Nada. El teléfono había sido colgado.

- Gómez, salgamos pitando... A ver si nos enteramos de qué ha ocurrido...

La sucursal, situada en pleno centro de la ciudad, siempre estaba envuelta por un ambiente de tenso bullicio. Pero esta vez era algo distinto. Cuando llegaron, una muchedumbre inmóvil mantenía clavada sus miradas en algún punto incierto y, por el momento, invisible. Con dificultad, Silva y Gómez se abrieron paso hasta la entrada. Allí, al contrario de lo que cabía esperar de la expectación existente, sólo había dos agentes de uniforme vigilando que nadie pudiera acceder al lugar donde se había producido no se sabía qué... Eran decenas de ojos fijos en el vacío y en la nada.

- Agentes, el comisario Torres me ha enviado aquí. ¿Quién está al mando?

- El inspector Valle. Ahora mismo, está con los testigos para saber qué ha sucedido...

Conforme Silva iba avanzando por la oficina, pudo observar cómo en el techo había unos inequívocos orificios provocados por los disparos de armas de fuego. Le llamó la atención, no obstante, la relativa tranquilidad que había entre los empleados y entre los clientes, unas siete decenas de personas en total, que estaban siendo interrogadas sobre los hechos que acababan de suceder. No entendía cuál era la urgencia que existía para que, precisamente él, tuviera que hacerse cargo de la investigación.

- ¡Hombre! Aquí está el genio que va a resolver todo este embrollo... A ver si él es capaz de aclarar qué ha ocurrido exactamente.

“Valle, con su sorna y su maledicencia, como siempre –pensó Silva-. El día no empezó bien y sigue sin mejorar...”

\* \* \*

Aquella mañana, todavía de madrugada (serían las cinco y media, más o menos), Silva recibió la primera llamada del día y fue en su casa. Era el agente Gómez. No era habitual, pero tampoco era excepcional. Esa noche, iba a contactar con un confidente que le iba a pasar información y entraba dentro de lo posible que hubiera descubierto algo importante.

- ¿Qué tal, Gómez? A esta hora, supongo que sólo me llama para darme una alegría...

- Me temo que no, jefe. Hace un rato, he llegado a la comisaría. No sé si sabrá que ayer por la noche hubo movida con los antisistema... No se sabe cómo, pero se enteraron de que el Director General de Vivienda estaba en la ciudad y estaba cenando en el Restaurante Ríos. Se juntaron allí unas sesenta personas con pancartas dando gritos y repartiendo panfletos... La cuestión es que los escoltas se pusieron nerviosos, pidieron refuerzos y la cosa se puso fea... Cuando la policía pidió a los manifestantes que se dispersaran, se sentaron todos en la calle y dijeron que no se iban a mover de allí hasta que pudieran hablar con el Director General... Empezaron, entonces, a meterlos en el furgón blindado y unos y otros se liaron con golpes y patadas y, bueno... en fin... cuando he llegado a la comisaría había unos treinta detenidos...

- ¿Y por qué me cuenta todo esto? Nosotros no nos dedicamos a esos temas...

- Es que... Uno de los detenidos es su hijo, jefe...

Silva no se extrañó. De hecho, ni se inmutó. Más bien, casi se avergonzó de no haber deducido, conforme iba escuchando la historia, cuál iba a ser el desenlace. Así que se vistió, fue a la comisaría y movió unos cuantos hilos. Al cabo de una hora, los primeros del grupo empezaron a salir a la calle. Cuando padre e hijo se encontraron frente a frente a la salida de los calabozos, apenas se hablaron, porque sabían que jamás iban a entenderse. Así que, en aplicación de la segunda ley de la termodinámica, decidieron reducir la energía consumida a su mínimo nivel posible (para qué despilfarrar recursos limitados) y no se hablaron, no se miraron ni intentaron explicarse el uno al otro, simplemente se subieron al coche del inspector y se dirigieron a casa. El padre intentaría decirle al hijo que su postura no iba a ninguna parte, que, aunque no dejaba de entender que el idealismo era algo loable, había límites que no se debían sobrepasar. Entonces el hijo le respondería que, con todo lo que estaba pasando, no era decente no hacer nada y contraatacaría con que no estaba bien que su padre hubiera intervenido para dejarlo libre cuando había compañeros que todavía estaban encerrados... El padre, entonces, le diría que él no había hecho nada, que, simplemente, se había enterando de que iban a ir soltando a algunos de los detenidos y que... (lo cual era mentira, evidentemente).

Es decir, el día no había empezado bien.

\* \* \*

Pero, ahora, sólo quedaba plantar cara, un poco arrogantemente, a la arrogante chulería de Valle y empezar a eliminar piezas del tablero de ajedrez para aclarar la partida.

- Bueno, yo creo que el jefe lo único que quiere es que los niños dejen de jugar y que sean los mayores quienes se ocupen de esto en serio...

La mordacidad era mayor de lo que expresaban las propias palabras por el hecho de que Silva era unos ocho años más joven que Valle.

- Muy gracioso, sí señor, muy gracioso... Pues a ver si la gente mayor es capaz de averiguar si aquí ha habido uno o dos robos...

- ¿Cómo que uno o dos robos?

- Ja, ja, ja... Ya empiezas a arrugar el entrecejo, ¿no? Verás: tres hombres armados se han llevado al director de la oficina, al empleado responsable de las cajas de seguridad y cuatro millones y medio de euros...

- ¿Cuatro millones y medio de euros!

- Efectivamente... Pero, espera... Ahí no termina todo. Cuando terminó todo el barullo, han descubierto que había habido un segundo robo...

- Mira, Valle, te pediría que fuéramos por partes y algo más despacio...

- Eso, que la gente mayor siempre es un poco más lenta...

“Esa me la tendré que tragar. Me temo que esto va a ser enrevesado...”

\* \* \*

Estaba claro que Valle le había dado ya varias vueltas a toda la historia en su cabeza porque supo hacer un resumen bastante preciso de los acontecimientos.

- ¿Ves a ese tipo ahí sentado con semblante serio y aparentemente ido? Hoy, ha venido a retirar cuatro millones y medio de euros en efectivo a esta oficina. Así que llegó en torno a las once y cuarto de la mañana... Después de que le contaran el dinero y saliera del despacho del director con dos maletas y custodiado por cinco guardaespaldas, tres individuos armados soltaron una ráfaga de disparos al techo... Te puedes imaginar... Acojonamiento generalizado... Los guardaespaldas no pudieron ni reaccionar... ¡Tener guardaespaldas para eso...!

- ¿Y nadie se percató de que había gente armada dentro de la sucursal? – preguntó Silva.

- Es que esto no es una oficina de barrio donde se puede controlar quién entra y quién sale... Aquí no para de entrar y salir gente por todo tipo de motivos... Gente que no es la clientela habitual... Unos vienen a cambiar moneda extranjera; otros que son clientes de otras sucursales y que, estando de paso, entran aquí para alguna gestión; están también los que entran sólo a informarse por diversos asuntos... En fin, que esto es un guirigay permanente y es muy difícil reparar en nada.

- ¿Y por qué se quería llevar todo ese dinero en efectivo?

- Me ha dicho que, tal como está la situación, no se fía de ningún banco. Quería tener disponible dinero en metálico, en *cash*. Se dice así, ¿no? *Cash*...

- Ya veremos ese asunto. Ahora sigamos... ¿Qué ocurrió tras los disparos?

- Pues los atracadores cogieron las dos maletas con los billetes y, de paso, al director de la oficina, que acompañaba al cliente a la salida. Lo tomaron de rehén y se dispusieron a huir. En ese instante, entraba el responsable de las cajas de seguridad, que había salido a desayunar. También se lo llevaron... Todo fue tan rápido que, cuando vinieron los primeros efectivos de la policía, todo había terminado. Y, ahora, viene el plato fuerte. Cuando bajaron a donde están las cajas de seguridad, vieron que cinco de ellas habían sido desvalijadas. ¿Cuándo? ¿Cómo? No se sabe... Nadie se había percatado antes del hecho...

- ¿Habéis visto ya las imágenes?

- La recepción de las mismas se ha retrasado porque el jefe de seguridad del banco iba de camino a una sucursal recién remodelada para verificar que sus sistemas antirrobo estaban correctamente instalados. Pero ya las estamos obteniendo y en diez minutos podremos verlas...

- ¿Las tendremos tanto de dentro como de fuera de la oficina?

- En principio, sí...

- A ver si aclaran algo. Aquí queda mucha tela por cortar...

- Vaya, vaya... La gente mayor parece que se está haciendo viejecita...

\* \* \*

Cuando Silva pudo ver las imágenes, el suceso era aún más desconcertante. Los atracadores iban a cara descubierta y no parecía que hubieran tomado ninguna precaución para ocultar sus rasgos. Al salir, entraron en una furgoneta blanca junto a los dos rehenes, pudiéndose ver perfectamente el número de matrícula. Todo resultaba excesivamente sencillo, demasiado pulcro y limpio: la suciedad tenía que estar escondida en algún sitio...

- Que pasen aviso a todas las unidades de los datos del vehículo. Seguro que ya irán en otro, pero nunca se sabe... Voy a hablar con el cliente que ha sido víctima del robo. A ver qué nos puede decir...

A pesar de la seguridad que aparentaba demostrar, los pensamientos de Silva iban muy por detrás de sus acciones.

Si alguien observaba a un señor en torno a los cuarenta y cinco años, con el rostro pálido y demacrado, desgarrado y con pinta de ser una marioneta con sus articulaciones rotas, probablemente no lo hubiera identificado con la imagen del promotor inmobiliario Francisco Montiel. Pero, efectivamente, era él. Quien había aparecido profusamente, no hacía demasiado tiempo, en los medios de comunicación, siempre sonriente y altanero, ahora no parecía ser más que un hombre maduro derrotado por todo un cúmulo de desdichas.

- ¿Cree usted que los autores del atraco serán detenidos pronto?

La pregunta podía ser la esperada. Pero Silva debía centrar la conversación en los puntos verdaderamente relevantes para la investigación.



- Señor Montiel, comprendo su preocupación... Pero, ahora mismo, si queremos alcanzar ese objetivo, es prioritario atender a una serie de cuestiones urgentes...

- Es que no sé si alguno de mis seguros cubrirá lo que ha sucedido...

- Señor Montiel, le insisto: si queremos detener a los atracadores, hay algunas preguntas que nos debe responder. ¿Por qué retiraba usted hoy una cantidad tan elevada de efectivo de esta entidad?

- Ya le he respondido antes eso mismo a su compañero...

- Sí, lo sé. Pero puede ser que hayamos pasado por alto algún detalle importante...

- Es lo que antes he dicho. Usted sabe las noticias que andan publicando sobre los bancos... No me fiaba de tener todo ese dinero en una cuenta y que me encontrara, al cabo de unos meses, que lo había perdido casi todo...

- ¿Quién sabía que la operación se iba a realizar hoy?

- Pues creo que sólo los del banco. Les había informado de mis intenciones, lógicamente...

- ¿Cuándo avisó a sus guardaespaldas de lo que tenía pensado hacer?

- Esta mañana.

- ¿Nadie de su entorno sabía, entonces, lo que tenía planeado?

- No.

- ¿A nadie?

- A nadie.

(Extraño. Silva pensó que, más tarde, con tranquilidad, había que incidir en este punto.)

- ¿Qué pensaba hacer con el dinero?

- Tengo una caja fuerte en mi casa. Pensaba guardarlo allí.

- Bien, de momento vamos a dejarlo aquí. Esta tarde, tendrá que pasar por la comisaría para cumplir con una serie de trámites...

- De acuerdo, sin problema. Pero, dígame: la detención será rápida, ¿no?

\* \* \*

En el primer sótano de la sucursal, estaba la sala con las cajas de seguridad. Efectivamente, cinco de ellas estaban, claramente, forzadas y expoliadas.

- ¿Tenemos la lista de propietarios de las cajas?- preguntó Silva.

- Todavía no. Como uno de los rehenes es el responsable de este tema, llevará un poco más de tiempo... El director de zona me ha dicho que el departamento de informática está trabajando

para proporcionarnos la información lo más pronto posible – contestó Valle, con un poco de hartazgo. Estaba claro que no se veía ya en la investigación y que consideraba que todo el tiempo que estaba empleando era tiempo de menos para su trabajo. Así que Silva decidió abreviar...

- ¿El director de zona?

- Javier Tortosa. Su despacho está en la planta de arriba. Te lo voy a presentar. Es quien nos ha ayudado a movernos por aquí con cierta soltura...

Javier Tortosa era un ejecutivo de unos cincuenta años, más o menos como él. Así que Silva pensó que podrían entenderse con facilidad. Buena falta hacía...

- Buenas, señor Tortosa. Yo seré quien lleve el caso desde este instante. Mi compañero me ha comentado cómo están las cosas... Sería importante saber quiénes son los propietarios de las cajas que han vaciado. Tendremos que contactar con ellos y preguntarles por lo que guardaban.

- Creo que un cuarto de hora tendremos los datos. Le presento al jefe de seguridad del banco, Luis Serrano. El inspector Valle me pidió que le avisara...

Luis Serrano tenía, aproximadamente, la misma edad que Javier Tortosa, por lo que Silva pensó que, entre ellos tres, todo iba a ir bien.

- Sí, es conveniente que esté aquí... Hay una pregunta que me gustaría hacerle. ¿No debía saltar una alarma cuando las cajas fueron forzadas?

- No. Las alarmas sólo están conectadas cuando la sucursal está cerrada y no hay personal en ella...

- ¿Quiere decir eso que el robo se efectuó en horario de apertura de la oficina?

Una sensación de incomodidad invadió tanto a Tortosa como a Serrano. La línea de razonamiento iba dirigida como una flecha hacia una única conclusión posible: un empleado tenía que estar implicado en ese segundo robo... (¿Segundo?)

- No hay otra posibilidad – contestó el jefe de seguridad.

- ¿Habría forma de saber cuándo?

- Quizás revisando las imágenes de la cámara situada en frente de la mesa del responsable de la sala.

- Ya las hemos visto y no hemos apreciado nada particular.

La sensación de incomodidad se acrecentó: una grieta en los sistemas de la entidad empezaba a dibujarse nítidamente.

- No sé. Podríamos ver imágenes de días anteriores...

- Está bien... Prepárenos las de las dos últimas semanas porque tendremos que analizarlas exhaustivamente...

- De acuerdo. Esta tarde estarán listas...

- También necesitaremos una copia del registro de la sala durante el último año. Necesitaremos saber cuál era la frecuencia con la que acudían los clientes para realizar alguna operación.

- También se lo daremos. No hay problema...

- ¿Qué cree que pasará con los empleados secuestrados? – preguntó Tortosa.

- Me gustaría darle una respuesta tranquilizadora, pero, francamente, no sabemos a qué atenernos. De todos modos, no seamos pesimistas. Quienes han hecho esto parecen profesionales. No creo que quieran ir dejando un reguero de sangre por ahí fuera...

Silva volvió al patio de operaciones de la oficina. La inexistente tensión (que ahora podía comprender, dada la rapidez con la que sucedió el robo) había dejado paso a un evidente cansancio. Poco más podía hacer ya allí. Ahora había que estar atentos a dónde localizaban la furgoneta con la que los atracadores habían huido y comprobar qué sucedía con los rehenes. Hasta entonces, sólo cabía hacer conjeturas...

- ¿Cómo lo ve, jefe? – preguntó Gómez.

- Ahora mismo, la duda es la siguiente: ¿estamos ante dos robos desconectados el uno del otro o se hizo el robo del dinero para poder escapar con lo que guardaban las cajas de seguridad saqueadas?

- ¿Por qué hipótesis se decanta usted?

- Por la tercera, por la que todavía no hemos imaginado...

## 2

### **Manuel Salas (I)**

El destino nunca se cumple tal como lo planeamos. Manuel Salas había luchado, desde que entró a trabajar en el Banco Continental, por ser el director de la oficina principal de su ciudad. Y cuando, con apenas treinta y seis años, lo consiguió, pasando a tener a unas veinte personas bajo su cargo, multitud de sueños, aspiraciones y proyectos llenaron su mente. Muy pronto, todos ellos desaparecieron como pompas de jabón.

- También es mala suerte que hayas accedido al cargo ahora que ha sucedido todo lo que ha sucedido – le comentaba el director de zona, Javier Tortosa-. Pero eso, que puede ser un

inconveniente, tenemos que convertirlo en una posibilidad de triunfo... Si logramos resolver los problemas con las promociones inmobiliarias que están atascadas y controlamos la morosidad de la oficina, ello será una prueba de nuestra capacidad profesional... Manuel, créeme... Ahora, podemos ver las cosas muy negras, pero en poco tiempo recordaremos estos días como el inicio de nuestro ascenso hacia la cima...

A pesar de tan luminosos presagios, día tras día las cifras sólo iban de mal en peor. Las caídas en las ventas de viviendas descendían mes tras mes, el mercado estaba congelado, las promociones de viviendas que el banco financiaba no encontraban salida, el desempleo aumentaba, los impagos de las cuotas de préstamos se iban acumulando y no pasaba un día en que él no tuviera que acudir a una notaría para tomar posesión de una vivienda cuya hipoteca no podía ser afrontada.

Esa mañana, también estaba en una notaría, con el director de zona, para firmar una operación mucho más complicada de lo que era usual, pero que se estaba convirtiendo en peligrosamente habitual. Un ejemplo típico de todo lo que estaba ocurriendo: Pedro Calvo, un empresario de gran arraigo en su localidad, que siempre se había dedicado a la venta de muebles, decide embarcarse en el negocio inmobiliario al calor de la burbuja. Claro, ahora sí que se sabía que era una burbuja; entonces, se pensaba que no había posibilidad alguna de pinchazo del sector y, quien tenía recursos para entrar en él, era poco menos que un imbécil si no lo hacía. Y, por supuesto, el empresario entró y hasta obtuvo suculentos beneficios con sus tres primeras promociones inmobiliarias. Después de eso, no pasó por su mente que se trataba de un éxito conseguido al amparo de unas circunstancias favorables sino que creyó que era fruto de su talento empresarial. Así que, poco antes de que todo se viniera abajo, gestionaba la construcción de doce promociones cuya venta no había forma de que fracasara. Pero todo se vino abajo y su venta, por supuesto, fracasó...

A partir de ahí, sólo hubo complicaciones... Porque cuando las operaciones con tu banco van bien, todo es miel sobre hojuelas como por arte de magia. Pero cuando van mal, el afectado se convierte poco menos que en un proscrito del que cualquier empleado de ese mismo banco huye como lo haría un habitante de la Judea del primer siglo de la era cristiana ante un enfermo de lepra. Y no sólo le fue mal el negocio inmobiliario sino que el mismo se acabó llevando por delante también su tienda de muebles.

Ahora, después de que el banco se hubiera tenido que quedar con los pisos sin vender, los bloques de viviendas a medio terminar y tuviera que embargar unas cuantas propiedades, quedaba una deuda en torno a cuatrocientos mil euros que había que refinanciar de algún modo. Y, después de arduas negociaciones, se había llegado a un acuerdo... Bueno, en realidad, no... Cuando el empresario acudió a la notaría, lo que pensaba que iba a firmar no era exactamente igual a lo que se encontró cuando leyó la escritura...

- Pero Javier esto no es lo que hablamos el otro día en la sucursal... No dijimos nada de que también ibais a hipotecar mi casa... Y lo del interés del 14%, ¡es una barbaridad! ¿Y el plazo? Hablamos de 15 años, y aquí indica que el préstamo va a ser a 10 años... La cuota que sale es altísima...

- Mira, Pedro, ni lo hablamos ni lo dejamos de hablar... Simplemente, concretamos lo más importante: que íbamos a refinanciarte, que íbamos a echarte una mano... Los detalles no dependían de nosotros... Hemos conseguido que nos aprobaran esta operación y no era fácil...

(El truco, en circunstancias como las descritas, era que el cliente aceptara firmar, aun ocultando las verdaderas condiciones que se le iban a imponer. Una vez llegada la hora de la firma, era difícil que nadie se echara atrás, aunque se diera cuenta de que las cláusulas iban a ser mucho más leoninas que las falsamente acordadas).

- Voy a salir un momento fuera de esta sala. A ver si me da un poco el aire...

Era evidente que lo necesitaba. Si cuando llegó allí, Manuel Salas ya apreció que el empresario presentaba una lividez fuera de lo normal, después de leer los términos de la operación, estaba claramente aturdido y descompuesto... Los despachos y salas de la notaría estaban rodeados de un pasillo que daba a un patio interior. Por allí, paseaba Pedro Calvo, como ido y desorientado. Manuel Salas se empezó a preocupar. Y su jefe también. En realidad, el banco tenía más motivos de inquietud que el propio empresario sobre la situación que se dirimía. Pedro Calvo ya tenía poco que perder y lo único que le podía llevar a firmar lo que le estaban poniendo por delante era intentar mantener unas apariencias y el deseo de seguir encadenado al mismo lugar donde había vivido desde que tenía uso de razón. Si, por un instante, no le hubiera importado su imagen frente a sus conocidos o le hubiese dado igual rehacer su vida en otro sitio, hubiese visto con claridad que lo que debía hacer era marcharse de allí, dejar que los procedimientos de embargo siguieran su curso, liquidar lo que pudiera, conseguir el máximo efectivo posible y empezar su carrera profesional desde cero. Entonces, el banco tendría un buen embrollo al que hacer frente... Y, claro, Manuel Salas y Javier Tortosa estaban mucho más nerviosos de lo que aparentaban...

- ¿Estás bien, Pedro? – preguntó Manuel.

- Sí, sí, estoy bien...

Manuel Salas nunca llegaría a tener claro lo que ocurrió en los siguientes diez segundos. Porque, mientras observaba la pantalla de su móvil, Pedro Calvo dejó de estar a su lado. Apenas se había dado cuenta de que ya no estaba, cuando un golpe ensordecedor, terrible (no creía que pudiera oír nada más espantoso en toda su vida) resonó en toda la notaría. Sólo entrevió la ventana abierta y se asomó al patio interior, casi por casualidad, para comprobar cómo Pedro Calvo se había arrojado desde una cuarta planta y su cuerpo yacía inmóvil en medio de un charco de sangre que iba creciendo lentamente.

La sensación de perplejidad más absoluta invadió a él y a su jefe. Inmediatamente, el revuelo, primero tímido, después agitado y febril, invadió toda la notaría. El rostro de Javier Tortosa denotaba que estaba fuera de sí. Y lo que se le ocurrió, era coherente con la pérdida de autocontrol que revelaban sus facciones:

- ¡Se ha mareado y se ha caído...!¿Lo entiendes, Manuel? Nosotros hemos visto que ha tenido un mareo... Ha tenido un mareo y se ha caído así, hacia atrás... Todo ha sido tan rápido e inesperado que no hemos podido hacer nada... No se ha suicidado... Ha sido un accidente... Los seguros de vida que tenía contratados cancelarán sus deudas si es un accidente, no si es un

suicidio... Lo comprendes, ¿no? Ha sido un accidente... - aunque Javier Tortosa quería hablar en voz baja, su nerviosismo lo hacía imposible.

Manuel Salas estaba inmovilizado por un terror que no era capaz de explicarse y, sólo por el hecho de que su jefe le había empezado a agarrar por la solapa de la chaqueta y tiraba de él, como intentando atraerlo hacia la absurda farsa que quería montar, su cuerpo manifestaba alguna señal de vida. De todos modos, la táctica parecía tener éxito porque Manuel estaba prácticamente convencido para que dijera lo que su jefe quería. Sólo un pequeño detalle lo impidió.

- ¡Ese hombre se ha tirado por la ventana! ¡Yo lo he visto! ¡Estás mintiendo...!

Quien acababa de decir esas palabras, desafiante, arrogante, seguro de sí mismo, era un niño rubio, de unos siete años, que los estaba mirando fijamente con cara de enfadado. Manuel estuvo a punto de romper a reír ante lo grotesco de la escena: un niño, con su simple presencia, echando abajo la trama pergeñada por dos hombres hechos y derechos. Viendo cómo su jefe le mantenía atrapada su chaqueta y, en contraste, la firmeza del chaval, estaba claro quién daba mayor impresión de madurez.

- ¿Qué dices, niño? Ve con tus padres, no te metas en cosas de mayores...

- ¡Ese hombre se ha tirado por la ventana...!

- ¡Niño, que te vayas con tus padres! ¡Tú no entiendes de estas cosas...!

- ¡Ese hombre se ha tirado por la ventana...! ¡Mamá, mamá...!

El tumulto que ya había cuando el niño escapó dando voces impidió que nadie le echara cuenta. Y ello animó a Javier Tortosa a seguir manteniendo su versión de los hechos. Manuel se limitó a decir que él no había visto nada de lo que había sucedido y que, por tanto, no podía inclinarse por ninguna opción. Todo concluyó cuando un abogado de la compañía aseguradora visitó a ambos en la oficina y les habló en términos muy claros:

- Miren. El banco en el que ustedes trabajan tiene un interés patrimonial claro en este asunto... Usted, señor Tortosa, está defendiendo que la muerte del señor Calvo ocurrió de un modo que beneficia a la entidad que ustedes representan. Incluso, desde un punto de vista personal, posiblemente también pueden beneficiarse si dicha muerte es declarada como accidente y no como suicidio... Ello supondría la cancelación de las deudas que el fallecido mantenía en esta sucursal concreta y que ahora están en situación de mora, lo cual significaría una mejora de sus resultados profesionales... Sin embargo, tenemos varios testigos que están dispuestos a declarar que el señor Calvo se arrojó voluntariamente por la ventana de la notaría... Si usted se empeña en mantener su versión, lamentándolo mucho, tendríamos que poner una denuncia por intento de estafa... ¿Sigue usted insistiendo en que los hechos de los que fue testigo no fueron un suicidio?

Por supuesto, Javier Tortosa se echó atrás. Pero, una vez que el abogado hubo abandonado el despacho, su primera frase no dejó lugar a ninguna duda:

- Manuel, quiero que sepas que no voy a olvidar que no me has apoyado en esto...

### 3

## Día 1 (II)

- A eso de las cuatro y media de la tarde, recibimos la llamada –dijo el agente Gómez-. Se trataba de un electricista que tiene una de esas naves pequeñas en el Polígono Industrial El Arroyo. Al llegar allí, a eso de las siete de la mañana, cuatro tipos, a punta de pistola, lo asaltaron, lo metieron en la furgoneta, lo amordazaron y le vendaron los ojos... Después de un trayecto de unos quince minutos, lo sacaron, lo amarraron a algún sitio y lo durmieron. Posiblemente, con un pañuelo mojado en cloroformo... Cuando despertó, lo habían desatado... La furgoneta estaba allí y no había nadie vigilándolo... El lugar era una de esas promociones sin terminar que están a la salida de la Ronda Este... Como se barruntó que quienes lo habían atacado habían cometido algún delito, nos llamó y, entre los detalles que dio y la localización de la señal del móvil, pudimos dar con él...

- La furgoneta era la utilizada en el robo, ¿no? – preguntó Silva.

- Efectivamente, jefe. Como el electricista tenía su negocio sin dar de alta, no la había rotulado. Por lo que los ladrones la consideraron ideal para no llamar la atención. Ahora, la “científica” está analizando tanto el lugar donde el electricista estuvo maniatado como la furgoneta... Esperamos encontrar algo...

- Veremos... Me temo que no vamos a encontrar nada, pero quién sabe: hasta el más listo la pifia alguna vez en su vida... Revisen también si hay alguna cámara de vigilancia en el polígono que haya podido grabar algo de lo acontecido. Quizás podamos obtener alguna pista... A otro tema: he estado echando un vistazo a toda la información sobre las cajas de seguridad. Hay dos cosas que me han llamado la atención. La primera, que la última clienta que entró antes del robo estuvo dentro de la sala una hora y cinco minutos... Me parece demasiado tiempo... De hecho, si vemos cuánto suelen durar las visitas, raramente se prolongan más allá de media hora. Esta, en cambio, es la más larga, con diferencia, de todas las que aparecen en el registro... Por culpa de esta visita, el responsable de las cajas salió más tarde de lo normal a desayunar... Si no se hubiera producido esta visita, Marcos García no hubiese estado entrando en la sucursal justo en el momento en que los atracadores estaban huyendo...

- La clienta era María Teresa Pérez. Ya nos estamos intentando poner en contacto con ella para interrogarla...

- Sí, intenten buscarla y traerla aquí. Pero no se preocupen: no la van a encontrar. Al menos, de momento... Y, quizás, ni de momento...

- ¿Cree, entonces, que está implicada?

- Seguro... El robo de las cajas se tuvo que producir mientras ella estaba dentro de la sala...

- Pero eso significa...

- Que el empleado también está metido en el asunto... Pero, como le decía, había dos cosas que me llamaban la atención. La segunda, es que los propietarios de las cajas robadas han declarado que no había nada de valor en ellas... Yo diría que alguno de ellos miente. Si no están mintiendo todos... ¿Por qué se iban a tomar la molestia de llevar a cabo el robo en las cajas de seguridad? Se arriesgaban a que los pillaran y se les viniera abajo el otro robo...

- Es decir, ¿usted piensa que ambos robos están conectados, que no ha habido casualidad en que ambos robos hayan tenido lugar el mismo día?

- Einstein decía que Dios no juega a los dados... Yo creo que las bandas de atracadores, tampoco... Lo que aún no sabemos es la forma en que están conectados, pero que lo están, es indudable. Por eso he ordenado que se precinte la sala de las cajas hasta que vayamos aclarando los hechos... Porque no sabemos qué ocurrió dentro de esa sala en esa hora y cinco minutos que duró la última visita... Y lo que ocurrió tuvo que ser importante. Además, eso nos permitirá que no se toque ni una sola mota de polvo de esa sala hasta que sepamos lo suficiente como para pedir una orden judicial... Una orden judicial, con unos propósitos bien definidos...

- Entonces, ¿qué hacemos con los propietarios de las cajas?

- Voy a conversar con ellos... Empezaremos con el que ha dicho que en la caja guardaba la colección de sellos de su abuelo... Es el que más gracia me ha hecho...

\* \* \*

El pequeño despacho de Silva ayudaba a crear un clima atóxico cuando entre él y Gómez deseaban poner nervioso a algún testigo complicado. Y este iba a serlo. Nada más entrar, asoció el nombre que había visto en la ficha (Jose María López Martínez) con el abogado penalista que, en determinados casos de narcotráfico y de corrupción, había defendido a los acusados y había logrado dejarlos en libertad y absueltos de todo delito. Así que iba a ser difícil, muy difícil, sacarle información: a pesar de su relativa juventud (tendría unos treinta y cinco años), se trataba de alguien experimentado, un hueso duro de roer...

- Buenas tardes, don José María. Me alegro de verle.

- Yo también, inspector Silva. Encantado de colaborar con la policía...

- ¿Tenía mucho valor la colección de sellos que guardaba en la caja de seguridad robada?

- Sentimental, básicamente...

- ¿Le merece la pena mantener una caja de seguridad para algo cuyo valor es únicamente sentimental?

- Me lo puedo permitir. Si la hubiese guardado en mi casa, probablemente se habría extraviado... ¡Soy tan desordenado! Teniéndola allí, pensé que estaría a buen recaudo. Mi abuelo se pasó muchas horas con esos sellos, ordenándolos y completando los que le



faltaban... No me hubiese gustado que, por cualquier motivo, se hubiese perdido esa colección... ¡Cómo me iba a poder imaginar lo que ha sucedido!

- Me resulta curioso que vaya una vez a la semana al banco sólo para ver esa colección de sellos...

- Mi bufete está cerca. Me coge de camino... Así que, ¿qué tiene de malo pasarme por allí para comprobar que todo está en orden?

- Ya, ya... Ahora, si creyera en lo que me está diciendo, le preguntaría si había llevado a algún especialista los sellos para que realizase una tasación... Porque, quizás, a lo mejor, había alguno en especial que tuviese un valor elevado. Pero sería perder el tiempo... ¿Verdad?

Silva había decidido lanzarse al ataque. Poco podía perder. El abogado tenía que sospechar que su historia resultaba poco verosímil. Pero también sabía que poco podían hacer contra él. Así que el inspector decidió remover el barro del estanque para ver qué afloraba. De paso, ello le ayudaría a marcar un poco su territorio.

- No le comprendo, inspector.

- Sí me comprende. Me comprende perfectamente. Allí no había ninguna colección de sellos. O quizás, sí. Pero no era lo importante. Probablemente, guardaba dinero en B entregado por alguno de sus clientes. O más de uno... O, quizás, documentación comprometida para ellos... O para usted, ¿por qué no? Por supuesto, no albergo ninguna esperanza de que usted confirme esta sospecha...

- Señor inspector, no sé si se da cuenta que está realizando una acusación muy grave... Yo he venido aquí a colaborar desinteresadamente con la policía. No creo que me merezca...

- Señor abogado, no estoy haciendo ninguna acusación. En realidad, lo que usted guardaba allí me interesa poco. Sólo quiero que se dé cuenta de que hay dos rehenes de los que desconocemos su paradero... Si nos ayuda, lo tendremos en cuenta. Si no nos ayuda, también. Y si nos dice la verdad, nos ayudará a entender lo que ha sucedido esta mañana en esa sucursal.

- Si tienen algo más que preguntarme, no tendré ningún problema en contestarles. Si siguen lanzando infundios, no hay nada que me retenga aquí.

- Puede hacer lo que quiera. Si se va manteniendo que en esa caja sólo había una vieja colección de timbres postales sin valor, a partir de ahora, en cada caso en el que usted intervenga, ordenaré que se dedique el cien por cien de los recursos de los que disponemos en meter en la cárcel a sus defendidos... Y me lo tomaré como un asunto personal. Cuando se corra la voz (y le aseguro que se correrá la voz), me parece que igual se va a tener que dedicar a recurrir las multas de tráfico, porque nadie querrá tenerlo como abogado defensor. Usted verá...

Silva logró abrir una minúscula fisura en la sólida firmeza del jurista. Se percibía que una duda se había instalado en su mente. Pero, al cabo de unos pocos segundos de vacilación, se levantó habiendo recuperado su ánimo original:

- Si no quieren nada más de mí, tengo que marcharme. Tengo mucho trabajo pendiente...

- Puede marcharse. Si encontramos el álbum, no se preocupe: le avisaremos y me ocuparé yo mismo de comprarle una lupa para regalársela con todo mi afecto...

## 4

### Marcos García (I)

“La desintermediación, la innovación financiera y la desregulación han provocado un incremento de la competencia y, consecuentemente, una minoración de los márgenes de beneficios, efectos que muchas veces han sido completados con una pérdida de cuotas de mercado.

La reacción de la Banca ante esta situación ha sido multiforme: desde la ampliación de la base de negocios (p. ej. comercialización de fondos de pensiones, seguros o fondos de inversión), hasta la especialización (p. ej. banca por internet); la ampliación de oferta (crecimiento de las redes de oficinas, cajeros automáticos, terminales en puntos de venta, etc.), o la fusión o absorción entre empresas bancarias del mismo o de distintos países a fin de obtener economías de escala en la explotación y/o sinergias comerciales...”

ESTEBAN M<sup>a</sup> FAUS MOMPART, *Regulación y desregulación. Notas para la historia de la banca española.*

La vida podía ser muy simple. No sólo eso. Además, tenía que ser muy simple. Él había entrado a trabajar en el banco con apenas veintidós años. Y fue un empleado obediente, que nunca había dado problemas, que siempre se había limitado a hacer lo que le decían. Toda su trayectoria había sido recta, clara, sin atajos ni recovecos. Con veintinueve años, se casó. Conforme pasaba el tiempo, y con mucho esfuerzo, una vivienda modesta en propiedad, un pequeño apartamento en la playa, lograr sacar adelante los estudios de sus dos hijos... En el trabajo, pequeñas pero constantes subidas de sueldo, sobre todo en concepto de antigüedad. No era ambicioso, así que no aspiraba a ir ascendiendo e ir consiguiendo cargos de mayor categoría. Le bastaba con ejercer como administrativo, sin complicaciones ni quebraderos de cabeza adicionales. Además, le quedaba tiempo para su gran afición: el aeromodelismo. Todo podía ser igual hasta el momento de lograr una jubilación tranquila. A menos que ocurriera una catástrofe, nada tenía que alterar esta perspectiva, que era la perspectiva de la mayoría de la gente de su generación.

Pero ahora, con sesenta años, se preguntaba cuándo había empezado a torcerse todo. A lo mejor, cuando, imperceptiblemente, los modos y maneras del banco se fueron transformando. Adaptándose a los nuevos tiempos, según decían. Antes, todo consistía en seguir unos procedimientos precisos y bien detallados. Ya está. Poco a poco, ya no bastaba con eso. Además de cumplir con esas normas, había objetivos que cumplir. Había que captar nuevos clientes. Había que conseguir que contrataran nuevos productos, productos muy distintos a los que estaban acostumbrados: fondos de inversión, seguros de ahorro, planes de pensiones... Él sabía que se había quedado atrás. No era capaz de hacer ver a personas que mantenían sus ahorros en los tradicionales depósitos a plazo fijo que las nuevas modalidades de inversión eran mejores y más atractivas... Otros de sus compañeros, obtenían, con las explicaciones justas y sin entrar en demasiados detalles, las ansiadas firmas sobre unos contratos largos y complejos, que constituían un galimatías hasta para los propios empleados del banco. A él, en cambio, cada vez le resultaba más arduo y difícil.

El día que le nombraron responsable de las cajas de seguridad de la oficina principal, sabía que no era, en realidad, una promoción. Se trataba de arrinconarlo en un puesto que se limitaba a seguir los pasos fijados por un manual, sin tener que realizar ningún tipo de labor comercial. El sentía cómo las miradas de los demás eran compasivas e imbuidas de un sentimiento de falsa solidaridad (falsa porque, en última instancia, todos consideraban que les venía bien que otros, que no fueran ellos, hubieran caído en desgracia). Pero a él no le importaba. A fin de cuentas, casi se trataba de una liberación. Ya no necesitaba irse amoldando, a ritmo de vértigo, a los sucesivos y radicales cambios que se estaban produciendo. A partir de ahora, todo se iba a reducir a recibir a los clientes que deseaban contratar una caja de seguridad o que venían a revisar el contenido que guardaban en las cajas ya contratadas. Ellos traían su llave, él utilizaba la llave complementaria que se necesitaba para abrir la caja, anotaba en el registro la hora de llegada y la hora de salida de los clientes y se acabó. El único cambio fue cuando de un registro en papel se pasó a un registro informático. Todo se volvió, incluso, mucho más sencillo. Y se podía decir que él era hasta feliz. Medio olvidado en el primer sótano de la sucursal, era posible que todo volviera a ser tan simple como deseaba.

Entonces, ¿cuándo empezó a torcerse todo? Seguía sin tener respuesta...